

a Eugenio Fernández Granell, amalgama perfecta de la pintura y la prosa del surrealismo transatlántico. Además, la obra del peruano César Moro aparece en un ensayo de Isidro Hernández, y también su arte ilustra la portada de esta edición con un cuadro sin título de 1954. Este buque no solo salva a autores, sino también a textos, como es el caso del cuento “La cena”, de Alfonso Reyes, a quien Alfonso García Morales ubica dentro de la denominada “generación intermedia”, previa a las vanguardias, y no dentro de estos movimientos. Sin embargo, esta prosa fantástica en clave siniestra exuda elementos que abrieron un camino a sus sucesores, entre ellos a Carlos Fuentes.

Este libro construye un puente de diálogo y memoria no solo por el hecho de recorrer las distintas vanguardias y sus exponentes, sino también por convocar a los investigadores americanos y españoles que integran esta publicación. Son ellos quienes desde el presente recuerdan y destacan las virtudes de este conjunto de movimientos que buscaron romper con la tradición, ese mismo lugar al que hoy, afortunadamente, pertenecen.

Laura Ventura

Universidad del Salvador (Argentina)

Isaac Muñoz. *Voluptuosidad*. Edición de Amelina Correa Ramón. Sevilla. Renacimiento. 2015. 325 pp.

La profesora Amelina Correa Ramón, catedrática de Literatura Española de la Universidad de Granada, ofreció, unos meses antes de la publicación de su edición de *Voluptuosidad*, una conferencia en la Universidad Complutense de Madrid sobre este mismo tema. Del mismo modo que en el libro, comenzaba haciendo alusión al modo en el que Rafael Cansinos Assens narraba cómo se desarrollaron los festejos por la boda del rey Alfonso XIII. Entre la multitud “alegre y ruidosa” (p. 10), se encontró con el granadino Isaac Muñoz, disfrutando de los excesos como si de unas bacanales o saturnales romanas se tratase, viendo en las muchachas jóvenes la flor de Venus, exaltando todo lo bello (amando las “*sagradas cualidades mayúsculas*”, en terminología rubendariana), dejando atrás al joven provinciano pudoroso para adoptar una actitud desenfadada ante mitológicas pasiones que sonrojaban y escandalizaban a los finos y cristianos burgueses, para quienes el placer derivado del acto carnal tan solo se comprendía monosémicamente.

Este estudio crítico introductorio, al que la profesora ha titulado “El placer decadente de fin de siglo”, es fundamental para que comprendamos en toda su esencia la obra del olvidado escritor granadino. Mediante oportunas citas, referencias y explicaciones, nos desarrolla el panorama en el que se desenvuelve *Voluptuosidad*, no solo en su vertiente social, sino analizando las fuentes que inspiraron a Isaac Muñoz. Parte del propio prólogo, donde el autor revela sus intenciones a la hora de escribir unas memorias eróticas: escandalizar a la burguesía. Sin embargo, como él mismo se autodefine, no es moral ni amoral. Hace del amor un arte y una forma de vida desviada de la norma y constituida por tres vértices: sangre, amor y muerte. Dentro del simbolismo y el colorido modernistas, se representa el rojo, por la fuerza de la sangre, sí, pero más si cabe, por la pasión. Téngase en cuenta que el deseo queda deslindado del amor puro. En esta obra, el deseo obedece exclusivamente al instinto, sin futuro, solo el presente, el “aquí y ahora”, en la ausencia de una palabra que implique ataduras. El protagonista no se enamora de ninguna de sus conquistas. Es más, tan solo susurra alguna pala-

bra más comprometida cuando la mujer que tiene delante se lo ruega, con el fin de conseguir llevar a término su empresa. Ahora bien, las reflexiones y verdaderas intenciones de Isaac las conocemos, ya que por su cabeza discurren pensamientos del tipo: “*En aquellos instantes definitivos, decirle que yo estaba enamorado de ella, hubiera sido una gran ingenuidad digna de cualquier vulgar autor de cuentos.*” (p. 97).

Sin embargo, el hecho de llevar todas sus aventuras al terreno de la pasión, no quiere decir, ni mucho menos, que se acerque a lo vulgar (de hecho, lo vulgar lo rechaza en todas sus facetas, como acaba de quedar de manifiesto). Amelina Correa Ramón define su estilo como “*moroso y refinado*” (p. 15). A lo largo de los relatos eróticos no encontramos ni una pizca de obscenidad en el sentido de la brusquedad en palabras o expresiones. Eleva a la categoría de metáfora las descripciones más lujuriosas.

Por supuesto, como nos aclara la profesora, el granadino hace de *Voluptuosidad* un juego, creando un personaje de homónimo nombre al suyo y relatando en primera persona unas aventuras comparables no, sino aún más “encendidas”, que las de los más famosos donjuanes: Casanova o el marqués de Bradomín. Acaba consiguiendo una obra a la altura de lo que la doctora Correa califica “*un Decamerón contemporáneo*”. (p.16).

¿Quiere decir todo lo anterior que el amor en su faceta más pura brille por su ausencia? Ni mucho menos. El reflejo está en Margarita. No sabemos quién era, ni cómo era, ni qué le ocurrió. Margarita, como la de Fausto, de Goethe. Margarita, nombre de flor de primavera. Ella es la única amada del protagonista, a quien se imagina y mienta tantas veces. Siempre con puntos suspensivos, siempre dirigiéndose a ella, como si pudiese oírle, renovándole su amor: “*sé que la amo, que la amo siempre, siempre y con nuevo amor*” (p. 106). A la vez, la condena a ser un eterno recuerdo idealizado: “*¡Oh, mi Margarita, amor divino!*” (p. 127) / “*– No, mi niña, tú no morirás jamás.*” (p. 128). Si ya hablábamos de la simbología de la sangre, aquí la noche también tiene su significado, dual, eso sí. Un significado a caballo entre el Modernismo que se entrega a las pasiones, haciendo de la oscuridad un sinónimo de cómplice para llevar a cabo todo tipo de prácticas prohibidas, y el Romanticismo melancólico, que adapta la naturaleza a su estado de ánimo, refugiándose en la soledad nocturna para añorar: “*La noche. Otra noche solitaria, sin tus risas, sin tu boca, sin tus ojos.*” (p. 76).

Si los poetas áureos se quedaban en la belleza virginal y virtuosa, los modernistas van más allá: encuentran en ese preciso momento la primera lujuria, el despertar, aportan a los tópicos de Horacio y Ausonio (*carpe diem* y *collige, virgo, rosas*) un paso más, que se apoya en la exaltación de la vida y en el despertar de los sentidos. Comienza *Voluptuosidad*: “*Abril. Otra primavera más. Nuevos brotes de tierna florescencia, nuevos perfumes [...]*” (p. 41).

Mitología, hedonismo, Romanticismo o Modernismo no son las únicas fuentes que inspiran a Isaac Muñoz. En dicho estudio introductorio que comentamos, Amelina Correa Ramón señala que César Borgia, D Annunzio y Nietzsche se convierten en sus maestros. Al atentar contra la moral burguesa, cristiana casi por definición, es comprensible, y más teniendo en cuenta que en aquella época las corrientes filosóficas en boga en los círculos intelectuales venían de Nietzsche o de Schopenhauer, que Isaac opte por “matar a Dios”, ocupe su lugar, representándose a sí mismo como un superhombre y encontrando, como dice la profesora, “*nuevos y poderosos motivos de exaltación: la crueldad, la fuerza, el poder, la pasión.*” (p. 19). Para conseguir semejante propósito, no existe otro camino que la destipificación del canon. Así, se permite el lujo de experimentar toda clase de pasiones, en sus diversas manifestaciones, combinando lo erótico y lo exótico, dejándose atrapar con un mayor fulgor, si cabe, por Tángier. Allí

finaliza sus memorias, en el más álgido éxtasis, confundiendo placeres reales e imaginarios, dejándose invadir por la magia oriental, antagónica de la represión que su sociedad finisecular le impone. En el estudio introductorio, esta contraposición entre dos mundos se justifica porque: "*Oriente posibilita el artificio de sentirse el Otro que se desea, a todo los niveles.*" (p. 28).

Por otro lado, debemos hacer hincapié en la originalidad del final de esta edición, pues la obra no termina con el último punto que escribió Isaac Muñoz, sino que, la doctora Correa ha optado por incluir otro estudio, ya no encaminado a contextualizar la obra, sino a aclarar su contenido en lo que a las prácticas sexuales que en él se narran se refiere. Así, la profesora incluye al final lo que denomina "Catálogo de perversiones: Tratado sobre la Voluptuosidad de las violetas." En este caso, la labor ha sido la de describir tales prácticas partiendo de la etimología de los propios términos: homosexualidad, onanismo, ninfulofilia, *ménage à trois*... poniéndose en conexión con la propia obra de Isaac Muñoz. Al menos aparece, a lo largo de estas memorias eróticas, un episodio que incluya una de esas prácticas. Su justificación la descubrimos de la mano de Amelina Correa, cuando expresa: "*Efectivamente, todas y cada una de las perversiones, entendidas éstas como trasgresión del sexo canónico, que aparecen en las páginas de Muñoz, obedecen a un profundo sentimiento de inconformismo, de insatisfacción, de idealidad en suma.*" (p. 143). Esta intencionalidad, así como la necesidad del catálogo final, responden a una evolución en la propia concepción de las prácticas sexuales. Si bien hasta mediados del siglo XIX este tipo de comportamientos se mantenían como secretos de alcoba o, a lo sumo, de confesionario, a partir de ahora se van a estudiar como si de patologías se tratase. Es decir, los científicos, médicos y psicólogos aspiran a hacer de las relaciones sexuales una ciencia. Alejándose ya del planteamiento en términos pecaminosos, la clasificación continúa siendo gradual pero en tanto que la conducta sea o no aceptable en relación con la salud y la "normalidad". Así, cada una de las muestras que da Isaac Muñoz y que recopila al final la doctora Correa, no va encaminada a la mera acumulación, sino que responde a esta nueva concepción. Sin perder de vista que no hay dudas de que el autor granadino optó por aquellas "patologías" que mejor sirviesen a su propósito escandalizador.

Tras conocer cada una de las partes en las que se ha estructurado esta obra, podemos matizar, a modo recopilatorio, que son tres los apartados principales en los que queda dividido el texto: un amplio estudio introductorio titulado "El placer decadente de fin de siglo", seguido de una nota a la edición; a continuación se presenta la obra recuperada del escritor granadino en sí misma, *Voluptuosidad*, cargada de las oportunas notas al pie aclaratorias y sumamente documentadas que ha hecho la profesora Amelina Correa, con el fin de dotar de unidad y comprensión al texto; y por último, la doctora incluye el "Tratado sobre la voluptuosidad de las violetas: Catálogo de perversiones." Hasta aquí abarcaría la propia investigación en lo que a la obra rescatada se refiere; sin embargo, no podemos pasar por alto la bibliografía recopilada al final, pues se trata de la más completa que existe en lo relativo al autor finisecular que estamos tratando. La profesora Amelina Correa ha descubierto y plasmado minuciosa y ordenadamente todos aquellos escritos que de un modo u otro están relacionados con Isaac Muñoz: el conjunto de toda su obra, las menciones en las publicaciones periódicas o sus propias colaboraciones en prensa, desde las antologías a las necrológicas, pasando por los estudios y narraciones en los que a él se hace mención alguna. Más de setenta páginas dedica a esta ardua tarea, capaz de dar la más amplia visión del granadino orientalista.

El éxito de que esta nueva edición sea tan completa y enriquecedora, viene respaldado por veinticinco años de investigación que la doctora Correa lleva dedicados a Isaac Muñoz, de quien apenas existía rastro antes de que ella, en 1990, comenzase sus investigaciones, elaborase su tesis y continuase trabajando en semejante labor “detectivesca”, para que todos podamos saborear un pellizco más de literatura. Ya lo hicimos con otras de sus ediciones de las obras del propio Isaac Muñoz: *Vida* (1998), *Morena y Trágica* (1999), *La sombra de una infanta* (2000) o *Libro de Agar la moabita* (2010). Por no hablar de *La Serpiente de Egipto* (1997), de la cuál encontró ella misma el manuscrito en uno de sus viajes a Tendilla, donde se encuentra la palaciega casa que fue domicilio del escritor. Es más, en la biblioteca de Tendilla se hallaba un ejemplar de aquella primera edición de *Voluptuosidad*, la cuál, afirma la doctora Correa, no había sido posible localizar por otros medios. Quizás, fue en ese preciso instante cuando comenzó una labor que se nos entrega hoy en día convertida en toda una revelación. Todo el proceso de descubrimiento, que no está exento de curiosas anécdotas e importantísimas aportaciones, las plasmó en las *Actas del Primer Congreso Internacional de Bohemios, raros y olvidados* (2004). Precisamente, en dicha conferencia ya hacía referencia a qué era *Voluptuosidad*: “su primera obra de madurez, editada después de instalarse en Madrid, corte literaria y capital cultural donde se concentran autores y tendencias de todo tipo, pero donde predomina en buena medida el ahora triunfante modernismo. Esta novela recibe el elocuente nombre de *Voluptuosidad*. El año de su publicación, 1906, tendrá lugar un gran cambio en la vida de Muñoz.” (p. 311). Extrapolando las intenciones del granadino no solo a una novela, sino a su obra en conjunto, Amelina Correa expresaba que: “Muñoz plasma en su creación literaria las contradicciones, ambigüedades y deseos insatisfechos que marcaron la cultura de una etapa fecunda.” (p. 310).

Mucho se sorprenderá aquel que coja en su mano esta nueva edición de *Voluptuosidad*; pero, como nos dice el propio Isaac Muñoz en su intencionado prólogo: “En fin, avisados estáis.” (p. 40)

ROCÍO SANTIAGO NOGALES
UNED

Emilia Pardo Bazán. *El vidrio roto. Cuentos para las Américas. Argentina. Edición de J. M. González Herrán. Vigo. Galaxia. 2014. 270 pp.*

Si hay un valor, entre los muchos que acompañan a Emilia Pardo Bazán, que evidencia su indiscutible valía y modernidad es su cosmopolitismo. En un contexto histórico en el que la mujer difícilmente podía aspirar a compartir las funciones y logros conseguidos por el género masculino, ella destacó por su condición de escritora atenta a la evolución de la cultura y el pensamiento que se estaba desarrollando fuera de España. Sobradamente conocidos son sus trabajos acerca de las principales tendencias de la literatura europea del momento –especialmente la francesa y la rusa–, así como sus relaciones y contactos con muy diversos focos culturales tanto europeos como americanos.

Precisamente de su obra literaria publicada en la prensa americana, concretamente de sus cuentos, se ocupa González Herrán en el presente volumen publicado por Galaxia, en la colección Mar Maior. Desde luego nadie mejor que este crítico podía reunir y editar los cuentos que doña Emilia publicó tanto en la prensa nortea-